

Las ideas claras

JOSE ANTONIO ABELLA

QUIEN haya tenido la oportunidad de escuchar las recientes declaraciones de Ignacio López de Arriortúa, más conocido en los medios de difusión como «Superlópez», estará de acuerdo conmigo en que vale más —o es más eficaz, si ustedes prefieren— tener dos ideas claras que doscientas confusas.

Parece una verdad de Pero Grullo, pero incluso las verdades de Pero Grullo se vuelven oscuras cuando una maraña de teorías, proyectos, alegaciones, pataletas, intereses creados e intereses por crear se revuelve en torno a un problema concreto como una madeja entre las patas de un gato.

Intentaré ser más que claro, transparente. Imaginemos que vamos al sastre para encargar un traje. Primero elegiremos la tela y luego el sastre cojerá su metro, sus alfileres, su tiza de marcar y nos tomará medidas. Es decir, que antes de pensar soluciones, hay que medir la dimensión de la realidad y del problema. Que no queramos encargar un traje sino una autovía o un desdoblamiento de carretera; el asunto no cambia en lo sustancial: un ejército de técnicos pondrá a trabajar sus teodolitos para que el proyecto se ajuste al milímetro con la realidad.

Hasta aquí parece que todo está claro. Ahora bien, antes de acudir al

sastre deberemos estar seguros de si realmente necesitamos el traje. ¿Sencillo, no? Pues no señor, aquí las cosas se complican notablemente y no hay sastre ni técnico que pueda ayudar en esta decisión. Y aquí es precisamente donde surge la voz de los políticos como intérpretes de la voluntad popular. Un ejemplo clarito: ¿hacía falta la Expo...? Misterio. (Aunque algún malpensado imagine que hacía falta para ganar las elecciones). Una vez tomada la decisión, los técnicos la realizan y punto en boca.

Pero bajemos de las altas instancias del Estado a la realidad local de nuestra casa por barrer. ¿Cuál es el auténtico problema del tráfico en nuestra ciudad? ¿Favorecer y acelerar el flujo automovilístico hasta la plaza Oriental, para desde aquí reconducirlo, calle de San Juan arriba, hasta la plaza Mayor? ¿Ese es el problema? Pues, en ese caso, enterremos bajo asfalto la cacería del Acueducto *per secula seculorum* y santas pascuas, porque la solución pasará no sólo por desdoblamiento el tramo urbano de la carretera de La Granja, sino por ensanchar la subida de San Juan y derribar, por ejemplo, la Casa de las Cadenas, o la del Marqués de Lozoya..., o mejor las dos y hacemos una rotonda. Al fin y al cabo, el arco de San Juan ya se derribó con este mismo objetivo a finales del siglo pasado y aquí no pasó nada.

Pero la realidad es otra. El proble-

ma del tráfico automovilístico en esta ciudad es que esta ciudad no se concibió para el tráfico automovilístico. La decisión, por lo tanto, consiste en anteponer Segovia al automóvil, o el automóvil a Segovia. Así de claro.

Si a nuestros políticos se les exigiera un examen de historia ciudadana antes de presentarse a las elecciones, seguramente se habrían percatado de una verdad probada por los hechos: la idea de facilitar el tráfico rodado mediante ensanches, alineaciones y apertura de plazuelas ha sido la responsable de la demolición de una parte importante de nuestro patrimonio histórico-artístico, llámese arco de San Juan o de San Martín, iglesia de San Pablo, de San Facundo, de San Román, de Santa Columba o de Santiago, por citar sólo algunos ejemplos significativos que no deberían hacernos olvidar el rico patrimonio de arquitectura popular mudéjar demolido en aras a un concepto de modernidad que a estas alturas de siglo se ha demostrado, no ya caduco, sino empobrecedor para el principal re-

curso económico de Segovia, que es precisamente su patrimonio histórico-artístico. El empecinamiento tercermundista que en décadas pasadas hizo confluír todas las carreteras bajo los arcos del Acueducto ha sido el principal responsable, por una parte, del caos circulatorio que ahora estamos viviendo y, por otra parte, del grave deterioro de nuestro principal monumento. Sin embargo, por no se sabe qué oscuros tejemanejes a los que no parecen ajenas las madejas de intereses creados, los poderes públicos siguen con el mismo o parecidos empecinamientos.

El verdadero traje que Segovia necesita es la peatonalización de su casco antiguo. Y para hacer ese traje es para el que hay que hacer que tanto el sastre como los técnicos vayan sacando su metro, afilando sus lápices y enfocando sus teodolitos. Resumiéndolo en una frase y en un ejemplo extensivo a toda la ciudad: Carreteras desdobladas las tienen en todas partes; cacerías de acueductos romanos, sólo Segovia.

«El verdadero traje que Segovia necesita es la peatonalización de su casco antiguo

”